

Ficciones científicas

Andrea Barrett ubica los relatos de *La fiebre negra* en grandes momentos de la ciencia

MOMENTOS

R.M.S.

» Las cartas que Mendel y Nägeli intercambiaron desde 1866 discutiendo los trabajos del primero con los guisantes, piedra fundacional de la genética moderna; las aventuras y desventuras de los diecisiete apóstoles de Linneo, la camada de botánicos y zoólogos que el naturalista sueco derramó por el mundo de China al Ártico, de Venezuela a Sierra Leona; las investigaciones de los naturalistas del siglo XVIII en torno a la posibilidad de que las golondrinas hibernaran bajo el agua; las experiencias de Darwin en el Aconcagua durante su estancia chilena; la historia de los indios que FitzRoy, capitán del Beagle, condujo desde Tierra del Fuego hasta la Inglaterra victoriana y más tarde devolvió al extremo meridional de América; los viajes de Wallace por el Amazonas y el archipiélago malayo; la hambruna irlandesa que entre 1845 y 1849 devastó la isla sabia y santa, y la subsecuen-

te epidemia de tifus que, a resultas de la huida de los famélicos irlandeses, asoló parte del Canadá que acogió a los emigrantes... Estos son algunos de los acontecimientos ligados al desarrollo de las ciencias naturales, la historia de la medicina y el nuevo canon biológico adoptado a partir de la Ilustración que Andrea Barrett emplea en *La fiebre negra* para construir un espléndido libro de relatos. Barrett se vale del marco propiciado por ciertos hitos del desarrollo de la ciencia en los últimos trescientos años para introducir en él peripecias protagonizadas por personajes ficticios que dialogan con las fuerzas de una historia destinada a cambiar no sólo la comprensión del planeta en que habitamos, sino el lugar que el ser humano ocupa en él. El resultado es un libro de indudable armonía y ejemplar luminosidad, que interroga asuntos como la emancipación de la mujer, los caprichos de la fama o el heroísmo cívico.

Dentro de un nivel notable, es este último aspecto, el del triunfo



Andrea Barrett. A.B.

ante la adversidad, el que hace inolvidable el largo relato que da título a la colección, un extraordinario texto acerca del lazareto de Grosse Isle, la isla de Quebec a la

que en 1847 llegaron decenas de barcos procedentes de Irlanda con su cargamento de hambre, desesperación y tifus. En el marco de este hecho histórico, Barrett



» ANDREA BARRETT
» **La fiebre negra**
» NÓRDICA, 316 PÁGINAS,
13,95 €

propone una narración en la que resuenan ecos de *La peste* de Camus, la peripecia protagonizada por un joven médico frustrado por su vida entre la burguesía canadiense, y que hallará en la miseria del lazareto y la enormidad de la epidemia un lugar al que aferrarse para dar sentido a su vocación y a las exigencias de un amor imposible, condenado al fracaso.

Barrett alcanza en estas páginas, contenidas y al tiempo emocionantes, una maestría que justifica la lectura de un libro que satisfará tanto a los amantes de la ciencia como a los de la ficción.

Pues al fin y al cabo, lo que *La fiebre negra* insinúa entre líneas es que el relato de la historia de la ciencia contemporánea satisface con creces los requisitos de la imaginación más ambiciosa.

La avería

Un relato sobre la degradación humana lleno de la ironía y el desapego que caracterizan a Friedrich Dürrenmatt

NOVELA BREVE

Ricardo Menéndez Salmón

» En quince prodigiosos años, los que median entre 1866, fecha de aparición de *Crimen y castigo*, y 1880, fecha de publicación de *Los hermanos Karamázov*, pasando por la edición en 1871 de *Los demonios*, Dostoiévski introduce con ambición insuperada el tema de la justicia en la literatura europea. Los delitos y faltas de Raskólnikov, la ficcionalización del catecismo revolucionario de Necháyev y el episodio del Gran Inquisidor conforman tres momentos formidables para una pregunta inaplazable aunque socrática en realidad, sin solución a la vista: qué es la justicia, quién la define, cuáles son sus límites. Pocas cuestiones se insertan con

tanta naturalidad en el molde de la novela filosófica. Tras la estela de Dostoiévski, podemos acudir a textos como *El proceso* de Kafka, *El día del juicio* de Satta, *Saúl ante Samuel* de Benet o la obra completa de Sciascia. Junto a estas trayectorias, no podemos omitir el nombre de un autor que hizo de la interrogación por la justicia la razón de ser de su proyecto: el novelista y dramaturgo suizo Friedrich Dürrenmatt, responsable de la celeberrima *La promesa*, la mejor novela "con comisario" que recuerdo haber leído.

En un texto inédito en España y titulado *Mi Suiza. Un libro de lectura*, Dürrenmatt establece su credo con enorme fuerza, casi con insultante orgullo: "Yo soy protestante y protesto", dice el creador de Griego busca griega. "No me desespero, pero expongo



Friedrich Dürrenmatt. Wikipedia

la desesperación. Me libré de todo mal, pero describo el hundimiento. Porque no escribo para que me juzguen a mí, sino para que juzguen al mundo. Yo sólo estoy aquí para avisar." Ese aviso que es la literatura, y que en Dürrenmatt adopta la forma de burguesas fábulas sarcásticas, donde la perversidad come en mantel de hilo, es experta en buenos caldos y se solaza de las montañas purísimas de los Alpes, halla en *La avería*, una pieza breve y demoledora, una suerte de resumen casi perfecto, de decanta-

ción sublimada. En el marco de una cena opípara en una lujosa mansión, en un ambiente obscuramente masculino, un poco al modo del apocalipsis culinario y escatológico que inviste *La gran comilona* de Marco Ferreri, un viajante de comercio de éxito, amante de la gastronomía exquisita, las cuentas bancarias saneadas y las camas ajenas, escenificará sus ambiciones y sus culpas ante un tribunal de ancianos compuesto por un juez, un fiscal, un abogado defensor y un verdugo. Al fondo, como una partitura



» FIEDRICH DÜRRENMATT
» **La avería**
» PERIFÉRICA,
112 PÁGINAS, 9 €

inconstante, se insinúa la melodía de ese crimen que todos hemos cometido, bien por acción, bien por omisión. Con esta orquesta paródica, Dürrenmatt sopla su canon predilecto. El hombre es un animal marcado desde el momento en que nace, un animal que cae, en constante proceso de degradación, y cuya vida, contemplada ya no desde el punto de vista de la energía, sino desde la óptica de la contabilidad espiritual, supone una errata imborrable, un accidente reiterado, una avería permanente, hitos de una entropía moral que el talento de Dürrenmatt logró reflejar con maravilloso desapego y envidiable ironía.